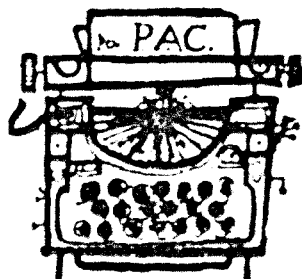


escrito a máquina

## Construir el futuro: obligación cristiana



"...Pero el movimiento está en marcha..."

Pastoral de los Obispos (p. 12)

No es cosa fácil y yo diría que para cualquier institución es naturalmente imposible hacer una revolución contra sí misma. La Iglesia, decían con toda razón, a fines del siglo pasado, los pensadores ajenos a ella, la Iglesia tiene sus días contados. Para cualquier filósofo de la historia el proceso era evidente. La Iglesia institucionalmente se había atado demasiado a unas formas culturales e históricas que habían entrado en agonía. Algunos pensadores llegaban benévolutamente a reconocer la grandeza moral de la Iglesia; otros, más profundos, reconocían que su Evangelio tenía fuerzas motoras vivas estupendas o románticamente hermosas, pero, a la "institución Iglesia" la consideraban atrapada por su propia historia. Se había comprometido demasiado con un pasado cuyas posibilidades estaban llegando a su fin. El pronóstico, históricamente, no tenía quite. Muchísimos hombres —quizás los de mayor envergadura intelectual— abandonaron a la Iglesia con el sentimiento (en algunos doloroso) de quien abandona un barco que inevitablemente se hunde.

Olvidaban, sin embargo, un factor. La índole divina del fundador de esa Iglesia, o lo que es lo mismo, las fuerzas SOBRE naturales que intervenían en su devenir. Y de pronto, esas fuerzas imponderables se hicieron históricamente visibles. La imposible revolución se produjo. Revolución de la institución contra sí misma, y eso es lo desconcertante, porque se trataba de una vetusta institución, de un "viejo régimen" para los historiadores. Pero la dialéctica histórica frenó de pronto y comienza desde entonces una imprevisible marcha inversa, renovadora, que provoca una tremenda crisis (de la cual aún no salimos); dubitaciones, pasos en falso, desgarramientos de la aparente unidad, deserciones, polémicas, contestaciones, extremismos reaccionarios y extremismos progresistas, etc. Y mientras gira ese aparente caos, el astro nuevo se está formando sin perder su núcleo, antes bien encendiéndolo en la incandescencia de su propia energía. Es el astro del futuro. La Iglesia de una nueva era.

Dentro de este proceso históricamente desconcertante es que tiene que insertarse el texto de la reciente Pastoral de los Obispos. Que este testimonio se haya producido en Nicaragua, precisamente en este país donde la historia reciente de nuestra Iglesia —por lo menos en sus apariencias observables— en ningún aspecto lo precedía, es un fenómeno que se salta la lógica histórica. Se trata de un testimonio resurreccional y la resurrección es siempre ilógica. La Pastoral no es sólo "documento" sino paso —o Pascua— de una iglesia unida (está firmada por todos los Obispos con una sola ausencia) hacia un mundo nuevo. Es la salida bíblica, pascual, de la opresión de Egipto hacia la Tierra Prometida que estamos obligados a conquistar. Su virtud

fundamental, por tanto, no es si quiera (como algunos políticamente pueden creerlo o temerlo) su valiente denuncia del presente sino su decidida construcción del futuro.

La Iglesia celebraba antaño su misa de espaldas al pueblo. En la reforma litúrgica del Concilio el sacerdote volvió su rostro al pueblo. Era un símbolo que tenía que encarnar. Al mirar el rostro del pueblo miró el rostro del pobre y ya no vio el rostro del Poder y de la Riqueza. De espaldas al pueblo podíamos hablar del respeto al orden establecido, de resignación ante la explotación y la miseria, de mantener ante todo la buena armonía social. No había futuro para los pobres sino, solamente, aceptación de su presente. Pero al mirar el rostro del pueblo volvimos a comprender la parcialidad de Cristo que tomó partido del pobre contra el rico, del débil contra el poderoso y dijo que había que elegir entre Dios y Mammon. Comprendimos que el pueblo tenía, debía de tener futuro, o como dice la Pastoral "que Cristo nos presenta como la prueba definitiva de la fe y el amor a Dios, el amor y el servicio a los hombres, especialmente a los pobres y oprimidos, cuya promoción nos encarga a los cristianos".

La Pastoral de los Obispos es el compromiso de una Iglesia de cara al pueblo, o, lo que es lo mismo, de cara al futuro.

"La Iglesia se ha pronunciado a favor de un cambio de estructuras", dice la Pastoral.

Y en otro párrafo:

"Es todo un orden nuevo el que se busca. Se podrá reprimir y retrasar por la fuerza esos intentos en muchas partes, pero el movimiento está en marcha y los viejos sistemas tienen ya muchas fallas".

Cuando una Iglesia ha dicho esto y, cuando dirigiéndose a los cristianos, les advierte que están obligados "a intervenir en el proceso político del país", que "la apatía, el "yoquepiedo", el miedo de arriesgar posiciones o privilegios constituye —EN LAS CIRCUNSTANCIAS DE HOY— un serio pecado de egoísmo" (es decir un pecado contra el mayor mandamiento cristiano), ya no se trata de un "documento" sino de una puesta en marcha.

Lo que faltaba para la transformación de Nicaragua era que su mayor fuerza viva —la cristiana— se transformara a sí misma en factor de cambio, es decir en factor de futuro. Consciente de ello la Pastoral, en uno de sus últimos párrafos, dice: "A los cristianos les recordamos que nuestro Dios se ha comprometido con la historia de los hombres y que, en estos momentos, amar al prójimo significa luchar fundamentalmente para que este mundo se asemeje lo más posible al mundo futuro que esperamos y que desde ya estamos construyendo".

Lo que viene, de nosotros depende. De nuestra unión y decisión. La piedra del sepulcro ha sido removida.

PABLO ANTONIO CUADRA.